



Artículo: Orlando Figes y Boris Kolonitskii. Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917. Traducción de Pilar Placer Perogordo. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva/ Universitat de València, 2001, 253 p.

Autor(es): Plasencia de la Parra, Enrique

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 61

Año: 2001

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Plasencia de la Parra, Enrique. "Orlando Figes y Boris Kolonitskii. Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917. Traducción de Pilar Placer Perogordo. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva/ Universitat de València, 2001, 253 p." Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 61 (2001): p. 70-73. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3971>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Orlando Figes y Boris Kolonitskii, *Interpretar la revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, traducción de Pilar Placer Perogordo, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva/Universitat de Valencia, 2001, 253 p.

Enrique Plasencia de la Parra

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

En las revoluciones se lucha con las armas, pero también con las palabras. La apropiación del lenguaje y su reformulación es parte del cambio que significa una revolución. El tema central de este libro (que vio la luz en español el mismo año que su versión original en inglés) es analizar este proceso en la revolución rusa de 1917. Orlando Figes y Boris Kolonitskii parten del papel cada vez más destacado que tiene en la historiografía el lenguaje, entendido por los autores en un sentido tan amplio que incluye canciones, textos, banderas, ilustraciones, lemas, rumores, lenguaje corporal y manifestaciones rituales como desfiles y ceremonias. De la nueva historia cultural retoman lo dicho por estudiosos como Roger Chartier y Robert Darnton (*El mundo como representación* y *La gran matanza de gatos*), entre otros, quienes han señalado cómo las identidades sociales (obreros, campesinos, soldados) y las políticas (liberales, socialistas) serían construcciones culturales más que reflejos de la realidad, de tal forma que lo más importante sería analizar esa cultura y ese lenguaje. También las acciones rituales de la multitud han sido “leídas” como textos simbólicos en las obras de Clifford Gertz y E. P. Thompson (*La interpretación de las culturas* y *La formación de la clase obrera inglesa*). Mencionan también el estudio de François Furet, *Pensar la revolución francesa*, donde se abunda en el lenguaje y la retórica simbólica. Con este bagaje teórico y partiendo de esas experien-

cias historiográficas Figes y Kolonitskii ofrecen un estudio sugerente sobre los “Días de febrero” de 1917: el despertar de la revolución, cuando ésta surge como un gran movimiento de masas, primero con manifestaciones y motines por la carencia de alimentos, días después con una insurrección general; este movimiento tuvo mucho de espontáneo, a diferencia de la Revolución de Octubre, planeada y organizada por los bolcheviques como un golpe de Estado en contra del gobierno provisional. Las movilizaciones de febrero politizaron rápidamente a la gente; por ello, la apropiación de símbolos revolucionarios como la bandera roja o *La Marsellesa* resultaban de suma importancia si los políticos querían lograr que campesinos, obreros y soldados lucharan por esa misma bandera y con ese mismo himno. El icono de la hoz y el martillo, considerado siempre como propiedad de los comunistas, se utilizó por primera vez en esos días de febrero y ondeaba en la sede del gobierno provisional de Kerenski después de la caída del zarismo.

Las movilizaciones que antecedieron a esa caída tenían mucho de carnavalesco y de teatral; la vestimenta, con cintas y flores rojas; los actos de burla a los símbolos del poder zarista; las formas de saludo “ciudadano” y “camarada” son elementos analizados en este libro.

Los rumores pueden tener efectos desestabilizadores, como ya lo ha tratado George

Lefebvre en *El gran pánico de 1789*. La cercanía de la zarina (que tenía ascendencia alemana) con el monje Rasputín provocaron todo tipo de rumores que, combinados con una situación de guerra, tuvieron efectos explosivos. Se hablaba de una conspiración para entregar secretos de guerra a Alemania. En un ejército quebrantado por la dureza de la guerra estos rumores provocaron desertiones y cambios al bando revolucionario. El razonamiento de los soldados era: "para qué luchar si en el gobierno se tiene una oscura alianza con el kaiser alemán". También se decía que aquella pareja era la que realmente gobernaba. El zar Nicolás entonces aparecía no sólo como cornudo, también como incapaz y tonto. El aura de santidad que tenía este sistema monárquico, que le daba legitimidad y credibilidad ante el pueblo, se desmoronaba. Al desacralizar la figura del zar se invitaba a su derrocamiento.

Los autores analizan la forma en que obreros y campesinos recibían el nuevo lenguaje de la revolución, en términos de Michel de Certeau, "apropiándose" de él, para adaptarlo, invertirlo e incluso subvertirlo. Es en ese sentido que los campesinos entendieron que el lema "¡Todo el poder a los soviets!" legitimaba cualquier decisión de sus asambleas para confiscar las tierras de los nobles, sus enemigos históricos. En cambio, para los bolcheviques fue muy difícil, ya en 1918, disponer a los campesinos pobres contra los granjeros con tierras (*kulaks*), pues en aquéllos era más fuerte el sentimiento de pertenencia a una comunidad que los conceptos de lucha de clases que intentaban imponer los políticos bolcheviques.

La historia y otras disciplinas se han ocupado de la polivalencia en la recepción de un mensaje. Un ejemplo ya clásico está en *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg, sobre la forma tan distinta en que un molinero y los funcionarios de la Inquisición aprehenden obras clásicas de la literatura

y la filosofía. La dificultad para que los campesinos rusos entendieran el mensaje revolucionario lo ejemplifican los autores con algo tan sencillo como la confusión por el parecido fonético de ciertas palabras en ruso: los campesinos escuchaban "república" y entendían "corta al público", "régimen" por "reprimir" y sintomáticamente oían "bolcheviques" y entendían "ancianos del pueblo". La cultura campesina rusa tenía ideales igualitarios como la propiedad comunal de la tierra y la justicia social, ideales que tendían puentes para una mejor aceptación del socialismo. Pero los autores rechazan la visión idílica del campesinado ruso presentado como anarquista, como enemigo del Estado. El júbilo por la caída del zar alimentó esta visión, pero en vez del zar esperaban una especie de "rey campesino"; se hablaba de república, pero entintada con imágenes monárquicas que en algunos aspectos "reflejaba la filosofía y la práctica de la asamblea del pueblo, donde existía una extraña mezcla de los principios democráticos de autogobierno y el gobierno patriarcal de los ancianos del pueblo, pues el poder se concebía en términos personales y religiosos" (p. 181-182). Por ello, el culto a Kerenski y después a Lenin tuvo tanta aceptación en las aldeas rusas. A Lenin le decían "nuestro salvador", "San Lenin" o "larga vida al camarada Lenin". Las connotaciones religiosas eran muy semejantes a las construidas en torno al zarismo, visto como padre protector. No gratuitamente se ha comparado ese régimen con el soviético. Incluso, el lenguaje abonaba a esta concepción y los autores no dejan pasar este extraordinario ejemplo: en ningún otro idioma las palabras verdad (*pravda*) y gobierno (*pravitel'stvo*) tienen la misma raíz. La conclusión es evidente: el único gobierno verdaderamente comprometido con el pueblo sería el surgido por la Revolución de Octubre.

El culto a Alexander Kerenski es explicado por la circunstancia del momento,

que requería de un personaje que aglutinara todas las fuerzas revolucionarias, más allá de diferencias de partido. El carisma de éste era también muy adecuado al espíritu festivo de los "Días de Febrero", donde la política se convertía en algo teatral; así lo veía Víctor Chernov: "Las épocas revolucionarias son épocas de histeria de las masas, de epidemias psicológicas y los dirigentes de la multitud deben poder enardecer al pueblo con la fuerza de su pasión oratoria. Esta clase de líderes a menudo son actores natos" (p. 113). Pero ese momento pasó, nos dicen Figes y Kolonitskii, pues "la actitud pública ante la política estaba pasando del idealismo y la euforia de la primavera, a la desilusión y el cinismo del otoño e invierno de 1917" (p. 123). Se desencadenó una serie de críticas y rumores, tal como ocurrió antes de la caída del zar, donde presentaban a un Kerenski alcohólico, adicto a la morfina, afeminado y de nuevo se le asociaba a conspiraciones con el enemigo alemán. El culto a Lenin es visto por los autores como algo menos espontáneo, ya que fue promovido y orquestado por los bolcheviques. Esto es sólo una muestra de cómo los autores tienen una marcada preferencia por la Revolución de Febrero y mucho menos por la de Octubre. Y es que la espontaneidad de la primera les da pie para mostrar cómo el lenguaje de la revolución se va construyendo sin un proyecto definido, es una auténtica lucha por las palabras y por los símbolos. En cambio, el movimiento de octubre es el mitificado por la historiografía soviética, que lo dejó irreconocible. El régimen adquirió paulatinamente el control sobre las personas, las ideas y hasta sobre la memoria de los acontecimientos. Incluso, nos dicen, la escena en que guardias rojos, obreros y marinos marchan cantando rumbo al Palacio de Invierno donde gobernaba Kerenski les parece un recuerdo que fue fabricado con base en elementos característicos (como los himnos) de los días de febrero (p. 94).

Un tema de gran relevancia en la revolución de 1917 es la conciencia de clase de los trabajadores rusos. Para los autores de esta obra es más reveladora una forma de identidad genérica (por lo tanto lejana a la idea de clase), que podía englobar tanto a trabajadores como a campesinos, y era la idea del "pueblo trabajador", unido por un sentimiento común de injusticia y exclusión. En la cultura rusa también estaba muy arraigada la hostilidad hacia los grupos más privilegiados, expresada en el "nosotros y ellos". Por eso el discurso marxista que señalaba a la burguesía como enemiga de la clase obrera tuvo una rápida aceptación. Ese discurso revolucionario cambió el sentido de la palabra democracia. Antes de 1917 se entendía como un "gobierno de todo el pueblo". Pronto se transformó en un término social que diferenciaba al "pueblo obrero" de los "burgueses". "Democracia" se convirtió en una palabra intercambiable por la de "pueblo". Así nos sorprende menos una frase muy usada en ese tiempo, cuando se hablaba de que en los soviets imperaba la "dictadura de la democracia". El concepto de "nosotros y ellos", que era parte de la cultura rusa, con el adoctrinamiento revolucionario pasó a ser el de "democracia-pueblo" contra la "burguesía". La identidad explica mejor que el concepto de clase la identificación del enemigo del "pueblo": la "burguesía".

Es muy significativo que Figes y Kolonitskii terminen un libro que da tanta importancia al lenguaje con el Terror Rojo, que fue la expresión literal del combate a la burguesía. La palabra pierde su carácter polivalente, sólo queda su sentido literal. Reconocen que el terror se dio desde abajo, pero también desde arriba; fue parte de la lucha surgida en febrero de 1917; sin embargo, señalan que

los bolcheviques se adueñaron del sistema simbólico de la revolución, incluso de las imágenes del enemigo. Pero utilizaron este

sistema simbólico de manera diferente que los social revolucionarios y mencheviques, al enfatizar que sus palabras estaban pensadas para la acción [p. 234].

La disputa simbólica aquí analizada termina con un significado único, no sólo el terror, sino la visión de que ese régimen se apoderaría de ese lenguaje para darle el significado que más le conviniera. Ahí está, diríamos nosotros, el poder terrorífico de las palabras.

Esta obra nos presenta una interpretación muy sugerente de la cultura política de la revolución rusa. En ella se hace más comprensible el efecto de las tradiciones autoritarias del zarismo, como el paternalismo del régimen soviético, así como el papel que tuvieron las identidades de campesinos y obreros al recibir el discurso socialista de los líderes revolucionarios. Para este momento quedará claro al lector la pertinencia de un enfoque similar al presentado en este libro para tratar la revolución mexicana. □

